



Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Metáforas en sangre: cuando la piel escribe lo que el Padre no dijo.

Modalidad: Ensayo

Autora: Catalano Macarena

DNI: 43.427.434

Legajo: C-6272/3

Docente responsable: Piedrabuena, Gina

Año: 2026

Agradecimientos

A mamá, por sus abrazos de alivio y contención inconmensurables y a papá, por ser apoyo incondicional en cada decisión que tomé. También por haber pintado mi vida entera roja y blanca. Ambos vaciaron su vida para que yo llene la mía (en todo sentido), esto también es de ustedes.

A Fa, la persona más especial de mi vida, por ser mi brújula y paz cuando el camino fue difícil, no conozco la vida sin ella y es gracias a ella que hoy estoy acá. Gracias pipina. Mi vida con vos es un cuento de hadas.

A la nona Bety, por cada rezo y paciencia cuando yo lloraba del otro lado del teléfono, y ella firme diciéndome que todo iba a estar bien. Al nono Alberto también, él sabe por qué. A mis amigas de toda la vida, por bancar todos mis “no” a juntadas, y alegrarse de mis logros como si fueran propios. A mis amigas de la facultad, mi principal red de contención. Me regalaron seis años increíbles y tengo la suerte de haber coincidido desde el principio.

Al mejor equipo que formé en mi vida, que llegó el último año de cursada de este camino, pero fue el broche de oro. Fueron refugio cuando nada iba como lo esperado y los primeros que estaban cuando había algo que festejar.

A Candelita, porque se sentó en la orilla conmigo, me ayudó a quemar barcos y ambas bailamos juntas mientras ardían. Aún cuando había lluvia (con merienda de campeones).

A Bian M., porque sin preguntar, simplemente preparó unos mates y me invitó a su vida a reírme a carcajadas. Me sanaste el alma.

A Gina, por haber aceptado acompañarme en este tramo final y ser de esas profes que dejan marca.

A Lau, por haberme transmitido un amor a esta profesión que no sabía que existía. Por ser tan maternal y confidente. Gracias por cuidar tanto de mí todos estos años.

A Felipe y Sonriente, por quedarse pegaditos a mi días enteros de estudio. Y a Atenas, sé que me está festejando mientras corre con sus orejas largas.

Al voluntariado (y a toda esa gente), me salvó la vida.

A mi País que amo con toda mi alma, que me permitió estudiar en la Universidad Pública, Gratuita, Laica y de Calidad. Sobre todo, gracias a la Facultad de Psicología. Porque esta es mi casa, me dio la posibilidad de ser otra persona, y por eso, le debo todo y la voy a defender siempre.

Y a mí misma, por haber llegado hasta acá, aprendiendo a festejar lo festejable (pero no sin toda esta gente)

Índice

Agradecimientos.....	2
Resumen.....	4
Introducción.....	5
Desarrollo.....	8
1. La función paterna: metáfora, ley y deseo en la constitución del sujeto.....	8
2. La metáfora paterna en la adolescencia: entre el acto y la simbolización.....	10
3. La piel como escritura del alma: el clamor del cuerpo que no encuentra palabra..	13
Conclusión.....	18
Referencias bibliográficas.....	20

Resumen

Este ensayo aborda un tipo de suicidio en adolescentes desde una perspectiva psicoanalítica, centrada en el concepto de metáfora paterna como operación estructurante del sujeto. El planteamiento del problema gira en torno a qué ocurre cuando esta función simbólica falla, empujando al cuerpo a ocupar el lugar de la palabra. El material teórico se basa en aportes de Lacan, Freud y diversos autores contemporáneos.

El sujeto se constituye a partir de una pérdida simbólica fundante: la castración, a partir de la función paterna. En la adolescencia, esa función paterna debe ceder para que emerja una nueva subjetividad. Si esta operación falla, y el *corte* simbólico no se realiza, el cuerpo aparece como sustituto de lo que no pudo ser simbolizado. Por lo que el suicidio a partir de *cortes* en la piel, se presenta como efecto de una metáfora fallida.

En su desarrollo, este escrito da cuenta, primero, del funcionamiento de la metáfora paterna en su momento inaugural, luego de cómo la misma opera en la adolescencia y por último, los estragos que genera su falla en este momento crucial.

Se concluye que el acto autolesivo es una demanda de inscripción simbólica. La función paterna, al operar como *corte*, nombra la pérdida y habilita el deseo. Restituir su función mediante la palabra es una tarea ética que puede transformar el dolor corporal en relato subjetivo, evitando que el cuerpo se convierta en único portavoz de la falla.

Palabras Claves

Suicidio adolescente-Metáfora Paterna-Corte-Operación simbólica.

Introducción

Partiendo desde una perspectiva psicoanalítica, lo que se busca con este escrito es interrogarse sobre el suicidio, particularmente en la adolescencia. Desde esta perspectiva, resulta pertinente dar cuenta del concepto de adolescencia que se utilizará y para ello, se retoma a Fernández Raone (2018). Esta autora explica que si bien Freud concede una importancia a lo que ocurre en los primeros años de vida (las fijaciones de la libido y las elecciones tempranas de objeto), se reconoce que el despertar sexual ocurre un tiempo después, y este despertar implica no sólo una reactivación sino también una repetición de experiencias pasadas. Esto último se integra a la teoría sobre el Complejo de Edipo, señalando que los recuerdos reprimidos podrían convertirse en traumas cuando se genera el despertar sexual antes nombrado, marcado por *metamorfosis* significativas que perturban la posición del sujeto. Desde allí, encontramos problemáticas que enfrentan los adolescentes, entre ellas se incluyen la elección de objeto sexual y la separación de la autoridad paterna. Además de Freud, Fernández Raone (2018) retoma a autores como Lacan, dando cuenta de cómo ha profundizado en los desafíos que plantea la adolescencia, enfocándose en el despertar de los deseos y el encuentro con el Otro sexo como momentos cruciales que pueden llevar a la angustia.

En este sentido, se podría entender que, lejos de pensar la adolescencia únicamente como un periodo de transición entre la niñez y la adultez, es un momento de la vida del sujeto en donde hay movimientos psíquicos, dificultades, reorganizaciones, encuentros, desencuentros. A su vez, es interesante poner el foco en lo que plantea Fernández Raone (2018) cuando remarca la necesidad de separación de la autoridad paterna, como uno de los desafíos que enfrentan los adolescentes. Surge aquí entonces, la indagación sobre la familia y cuál sería la importancia que tiene la misma para ese sujeto.

Al articular este lineamiento con lo planteado por González et al. (2000), ellos aseguran que existen pruebas claras de que los problemas familiares aumentan el riesgo de comportamiento suicida para los adolescentes: la falta de afecto en el hogar, la comunicación deficiente con los padres y los conflictos familiares limitan las oportunidades para aprender a resolver problemas, creando un entorno donde los adolescentes pueden carecer del apoyo necesario para enfrentar el estrés o la depresión. Los estudios indican que un aumento en la cohesión familiar puede proteger contra los intentos de suicidio, ya que la calidad de las relaciones familiares es lo que influye en el riesgo de suicidio en niños y adolescentes.

Con respecto al punto anterior, desde el psicoanálisis no interesa pensar en una lógica causa-efecto, por lo que hay un disentimiento absoluto en cuanto a la

generalización que el estudio antes mencionado propone, y tampoco se adhiere a las categorías conceptuales que se utilizan. Lo que interesa rescatar de ese escrito, en cambio, es la vinculación que se presenta entre cohesión familiar y suicidio adolescente.

Al leer esta relación a la luz del psicoanálisis, se propone pensar en la articulación con el concepto, ya no de cohesión familiar, sino desde la categoría de metáfora paterna. ¿Se podría hablar de metáfora paterna en la adolescencia? ¿Qué función cumple la metáfora paterna en adolescentes? ¿Se podría pensar en una vinculación como la presentada en el supuesto planteado con anterioridad?

Para un posible acercamiento a estos interrogantes, se introduce lo indagado por Fernández (2008) quien da cuenta, desde Lacan, que el punto central está en comprender que la metáfora paterna es eso: una metáfora, y en tanto tal, toda metáfora lo que hace es sustituir una cosa por otra. En el Complejo de Edipo, el Nombre-del-Padre reemplaza el Deseo-de la-Madre, es decir, esta función paterna separa al hijo de la madre, estableciendo una ley psíquica y un orden. Ahora bien, Fernández (2008) evidencia que durante la adolescencia, el rol de la función paterna no se limita a intervenir en el conflicto edípico, sino que también desempeña una función crucial como proveedor de modelos de identificación y juega un papel relevante a lo largo de las distintas etapas de ese sujeto. Además, este mismo autor da cuenta con claridad de que la posibilidad del crecimiento de ese sujeto adolescente tiene que ver con la posibilidad de la *caída del padre*, haciendo referencia a la necesidad de cierta separación de la autoridad parental.

Por lo tanto, se puede ver la necesidad del funcionamiento de la metáfora paterna también en la adolescencia, pudiéndose interpretar hasta aquí que la misma tiene función de *corte*. Si en la niñez se presenta la metáfora como la responsable de ese *corte* entre el hijo y la madre ¿por qué no pensar que en la adolescencia se presenta como la responsable del *corte* con la endogamia y la posibilidad de salida a la exogamia? Es decir, ¿por qué no pensar que, otra vez, en la adolescencia cumple una función de *corte*?

Queda resonando este significante: *corte*. Para poder seguir indagando, se considera pertinente situar lo planteado por Flóres Correa (2017), quien propone una lectura de una de las formas en que los adolescentes practican los intentos de suicidio: la autolesión a partir de *cortes*: *cortes* que se realizan en aquel lugar más visible del propio cuerpo para el Otro y los otros, que es la piel. Relata que los adolescentes suelen hacerse *cortes* en lugares del cuerpo que pueden taparse, pero que a su vez, van a asegurarse de que sean visibles a la mirada de aquellos que presentarán preocupación. Desde aquí, se puede introducir el concepto de *acting out*, en tanto se podría pensar este acto justamente como un llamado a ese Otro a partir del montaje de una escena, como una forma de pasar en lo real aquello que no se puede simbolizar.

Cortarse la piel puede ser una separación oportuna de los significantes del Otro; el cuerpo urge de los cortes como si se tratara de un pedido; requiere de las descargas para sostenerse y sostener al sujeto, siendo así que los sujetos sufren al cortarse, pero se cortan para tener una experiencia liberadora. (Flóres Correa, 2017, p. 96).

Entonces, si una de las operaciones necesarias que se da en la adolescencia es aquella separación, aquel *corte* con la autoridad paterna, surge la siguiente pregunta: ¿podría pensarse el intento de suicidio en adolescentes, al menos este, como una forma de tramitar en lo real del cuerpo aquellos *cortes* que simbólicamente la metáfora paterna no está pudiendo realizar? En este caso, lo que se propone ubicar es una modalidad de posible suicidio en adolescentes (a partir de cortes en el cuerpo) como resultado de la falla de una operación, falla de ese *corte* que la metáfora paterna no está pudiendo realizar en lo simbólico. Y lo que estaría buscando el adolescente, no es más que la posibilidad de separarse del Otro, de esa autoridad.

Desarrollo

1. La función paterna: metáfora, ley y deseo en la constitución del sujeto

Hacer hablar lo que todo el mundo ve sin verlo
(Michelle Foucault)

Hay, en el origen del sujeto, una pérdida, una separación fundante que no ocurre en la carne, sino en el lenguaje. El padre, lejos de ser sólo una figura familiar, se convierte en un operador simbólico: una función estructurante que nombra, prohíbe y separa, instaurando con ello la ley que hace posible la existencia psíquica del sujeto.

Como plantea Rodríguez Licea (2008), el padre deja de ser una persona concreta para devenir una función simbólica que funda la ley mediante una operación metafórica. Esta función, al prohibir, no suprime el deseo: lo crea, al marcar un límite entre el niño y el Deseo-de la-Madre. Así nace la posibilidad de un sujeto separado, barrado, deseante. Es lo que Lacan (2013) denomina la castración simbólica: no es una mutilación física, sino un *corte* necesario para que el sujeto se distancie de la fusión primordial con la madre.

La función paterna puede estar encarnada por múltiples figuras o significantes —un abuelo, una institución, incluso el trabajo o la cultura misma— siempre que logren ocupar ese lugar simbólico que opera como tercero, interrumpiendo la díada madre-hijo y posibilitando la triangulación edípica. Lacan en *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente* (2010) lo llama el Nombre-del-Padre: un significante privilegiado que inaugura el orden simbólico al sustituir al deseo materno. Es una metáfora, porque implica el reemplazo de un significante por otro, donde el Deseo-de la-Madre queda tachado, barrado, por la ley del padre.

La estructura psíquica del sujeto se conforma por una serie de desplazamientos. En un primer momento, el niño habita una suerte de plenitud ilusoria, donde no existe falta ni deseo, pues se percibe como uno con la madre. Más adelante, el niño es desplazado a la posición de objeto de Deseo-de la-Madre, que no es él mismo, sino una construcción imaginaria. La separación definitiva ocurre cuando el niño advierte que no es el falo que colma a la madre, que su deseo no lo tiene como centro. Es entonces cuando la metáfora paterna opera su lógica: el significante del Nombre-del-Padre sustituye al significante del Deseo-de la-Madre y el niño accede, por primera vez, al campo del Otro y por ende, al lenguaje (Rodríguez Licea, 2008).

Este tránsito sólo es posible mediante una operación simbólica de sustitución. Lacan (2008) lo explica en términos de metáfora y metonimia: dos procesos fundamentales del inconsciente. La metáfora paterna, en este contexto, permite que el

sujeto renuncie al deseo incestuoso por la madre y lo sustituya por otro objeto, abriendo así la posibilidad de un deseo autónomo, insatisfecho, pero propio.

El lenguaje es el gran arquitecto del sujeto. Como Lacan afirma en *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis* (2013), el significante antecede y estructura al sujeto, quien nace ya inmerso en una red simbólica que lo preexiste. En ese sentido, la función paterna es menos una figura familiar que una posición estructural en el discurso. De ahí que no todo padre encarne la función, ni toda función requiera un padre real. Lo crucial es que haya un significante que barre, que tache, que separe.

Lacan (1985) subraya que el Nombre-del-Padre es ese significante que introduce al sujeto en la cadena simbólica, revelando la incompletud estructural entre madre e hijo, e instaurando un nuevo orden donde el sujeto ya no está en el lugar del objeto del deseo materno, sino en el lugar del que desea. Este es el pasaje de lo imaginario a lo simbólico.

Sin embargo, esta operación no es infalible. Cuando la metáfora paterna falla, cuando el significante Nombre-del-Padre no logra inscribirse, se abre la posibilidad de que el sujeto habite en estructuras donde queda atrapado en la lógica del deseo materno, tal como Freud analiza en el caso del pequeño Hans, que luego retoma Lacan (2010). Allí se da cuenta de cómo había un padre presente y afectuoso pero que no logra instalar la ley frente al Deseo-de la-Madre. Hans, entonces, inventa una fobia al caballo, que opera como síntoma-metáfora: un intento del inconsciente por suplir la falla de la función paterna.

El síntoma, en este sentido, no es solo sufrimiento. Es una formación del inconsciente que habla allí donde el lenguaje no pudo operar su *corte*. Como expresa Sides Galán (2015), hay sujetos cuyo síntoma es la manifestación de una falta de la falta. Es la imposibilidad de simbolizar una pérdida estructural que, sin ser reconocida, se torna insoportable. No hay inscripción de la ley, no hay metáfora que estructure, no hay deseo articulado.

La función paterna, en este marco, es inseparable del Complejo de Edipo, del acceso a la cultura, al lenguaje y a la exogamia. No hay padre sin ley, ni ley sin padre, como lo señalan Kohan y Rodríguez (2011), quienes afirman que el Nombre-del-Padre es un instrumento: puede fallar, y en su falla, se instala el síntoma. Esta ley no es jurídica ni moral, sino que es estructural y simbólica. Marca una frontera entre el adentro y el afuera, entre el uno y el otro, entre el cuerpo materno y el campo social.

Lo pertinente para este escrito es que, entonces, la metáfora paterna, en su núcleo más radical, opera como un acto de *corte*: un gesto simbólico que separa al niño del deseo omnipotente de la madre y lo lanza a la dimensión del Otro, donde puede devenir sujeto. Este *corte* no es meramente un alejamiento físico, sino una operación

simbólica que implica la instauración de una ley a través de un significante: el Nombre-del-Padre. Es este significante el que dice *no*, el que nombra la imposibilidad de ser el objeto que complete al Otro, el que prohíbe el incesto no como regla moral, sino como condición estructural para que el deseo advenga. Al intervenir, el *corte* separa, pero también funda: funda la falta, y con ella, la posibilidad del deseo. Allí donde la madre mira al hijo como el todo, la función paterna le recuerda que no lo es. Y así, en esa grieta, en esa pérdida inaugural, se abre la escena del deseo, la palabra, el síntoma y la subjetividad. La metáfora paterna no sólo corta, sino que, paradójicamente, al cortar, conecta al sujeto con la cultura, con la ley y con la posibilidad de amar y hablar desde su propia falta.

2. La metáfora paterna en la adolescencia: entre el acto y la simbolización

*se siente bien volver a empezar
se siente bien volverme a mirar
ver que esa niña llegó hasta acá
pensar que casi le digo adiós
y ahora las paces hicimos las dos*
(Martina "Tini" Stoessel)

La adolescencia es un momento de quiebre y reinención, donde el sujeto se enfrenta a la difícil tarea de redefinir su lugar en el mundo, sus lazos con el Otro y su inscripción en la Ley. Como se viene planteando, lejos de ser un simple pasaje biológico hacia la adultez, representa una segunda inscripción estructurante de la subjetividad. Y en ese reordenamiento simbólico, la metáfora paterna –aquella operación que inscribe la Ley– se ve puesta a prueba, cuestionada, reformulada, y, en algunos casos, radicalmente desmantelada.

Desde Ramirez (2013), se puede pesquisar que, en términos lacanianos, esta metáfora paterna no refiere necesariamente a la figura del padre real sino al Nombre-del-Padre como significante. En tanto tal, sustituye al deseo materno y funda la posibilidad del deseo del sujeto.

Lo anterior mencionado se entiende como una operación simbólica, lo cual implica la instauración de una Ley que no es moral ni jurídica en su sentido común, sino que opera como mediación entre el sujeto y el Otro, como *corte* que permite la emergencia del lenguaje, del deseo y de la cultura. Es la función que realiza el *corte*, necesaria para que el sujeto pueda salir del circuito cerrado del deseo materno y constituirse como tal.

Entonces, la adolescencia representa este segundo tiempo de la Ley, en donde el equilibrio estructurado en el Edipo se ve sacudido por la irrupción pulsional y la

transformación del cuerpo. Lo que había sido simbólicamente tramitado en la infancia, retorna ahora y, como plantea Barrionuevo (2007), este retorno se manifiesta como la *tormenta* de la pubertad: una irrupción traumática de lo sexual, que escapa a la palabra y a la representación, y que fuerza al sujeto a reelaborar su relación con el Otro y con su propio cuerpo. Frente a este real que no puede ser dicho, el adolescente queda convocado a inventar una respuesta. Ya no se trata de la repetición de los significantes de la infancia, sino de una creación subjetiva, un nuevo modo de anudarse a la Ley, que puede tomar formas simbólicas.

Ramírez (2013) propone pensar dos modalidades fundamentales a través de las cuales el adolescente se confronta con la Ley y con la función paterna: el acto y la metáfora. Por un lado, el acto aparece como una irrupción pulsional, una vía de descarga del exceso de goce que no ha sido simbolizado. Es un acto sin palabras, una escenificación inconsciente que expresa la imposibilidad de metaforizar el deseo y de tramitarlo por la vía simbólica. El acto irrumpe cuando la función paterna ha fallado, cuando el Nombre-del-Padre no ha logrado operar como sostén simbólico. Tal como señala Campos Guerra (2020), cuando el Nombre-del-Padre ya no se encuentra disponible como semblante del ideal, el sujeto queda desanudado del lazo social, arrojado a un real sin mediaciones. El acto se convierte entonces en un intento desesperado por reinscribirse en el campo del Otro, incluso a costa de la transgresión, el delito o el riesgo extremo.

Por otro lado, la metáfora, como proceso psíquico, permite al sujeto representar el conflicto edípico en nuevas coordenadas. El adolescente puede así *asesinar al padre* simbólicamente, mediante la confrontación generacional, la crítica, la búsqueda de un estilo propio, de una ideología, de una estética diferenciada. Este parricidio metafórico, lejos de ser destructivo, es fundante: permite al adolescente separarse de la posición infantil, resignificar su filiación y trazar un proyecto de vida autónomo. En otras palabras, se trata de desplazar al padre y ocupar su lugar, pero en los términos que impone la legalidad cultural y simbólica (Barrionuevo, 2007).

Hasta aquí entonces, se podría plantear que la diferencia entre estas dos vías –el acto y la metáfora– radica en la capacidad del sujeto para simbolizar la pérdida, la falta, la castración. Mientras el acto da cuenta de una metáfora paterna fallida o ausente, la metáfora es el signo de una función paterna operante, aunque también transformada, ya no basada en la verticalidad autoritaria, sino en una ley internalizada y reelaborada subjetivamente.

Por lo tanto, el adolescente que transgrede no está simplemente oponiéndose a una norma externa. Está planteando una pregunta sobre su lugar, sobre el sentido de la Ley, sobre su deseo. La infracción, en este contexto, no puede ser reducida al delito o al

desvío. Implica una demanda de inscripción simbólica, una exigencia de reconocimiento. Como señala Lauru (2004), el adolescente busca salir de la locura de la pubertad, y el acto infractor puede convertirse en un grito mudo, un llamado de auxilio frente a la angustia de no tener nombre. Desde esta perspectiva, abordar la transgresión adolescente implica meramente interrogar el lugar del deseo. Se trata de promover un trabajo de simbolización que le permita al adolescente reinscribirse en el orden simbólico, no desde la sumisión, sino desde la invención subjetiva.

La función paterna, concebida como ya se dijo, como una función de *corte*, es también una función de nombramiento y enlace. Campos Guerra (2020) permite jugar con el nombre-del-padre hasta convertirlo en *padre-del-nombre* y da cuenta de cómo permite dar nombre a la experiencia, ligar lo real con lo simbólico, inscribir al sujeto en el lenguaje. Y nuevamente, cuando esta función está ausente o debilitada, el adolescente queda expuesto a lo innombrable de la experiencia, sin recursos simbólicos para representarlo.

Ortega (2002) señala que el cuerpo se vuelve un extraño tanto para el adolescente como para los adultos que lo rodean, y que la ausencia de referentes simbólicos adecuados puede empujar al joven hacia respuestas autodestructivas, entre ellas, el suicidio. Este autor define que cada sujeto tendrá que inventar su propia respuesta frente a lo innombrable de la pubertad, y esa invención será siempre fallida, incompleta, pero necesaria. ¿Podríamos hablar de los adolescentes como sujetos de invención, que deben crear su propio nombre más allá del Nombre-del- Padre, anudando lo real de la pulsión con lo simbólico de la Ley, en un gesto que les permita existir en el mundo como sujetos válidos, deseantes y responsables de su lugar?

El adolescente debe renegociar su relación con el deseo, la ley y el Otro, en un contexto donde las antiguas referencias infantiles se desdibujan y aún no se han constituido otras nuevas. De ahí la importancia y necesidad de una función paterna lo suficientemente instaurada durante la infancia, ya que la misma puede operar ahora como un anclaje simbólico que permite transitar el pasaje adolescente sin caer en la desestructuración. La metáfora paterna funciona entonces como una brújula, no para reprimir el deseo, sino para orientarlo en el marco de la falta, del límite, y de la legalidad simbólica.

De esta manera, se entiende que la metáfora paterna no clausura el deseo, sino que lo inaugura como tal. Al introducir la Ley, no reprime, sino que permite la emergencia del sujeto deseante, que ya no está sometido al capricho del Otro materno, sino que puede comenzar a escribir su propio guión, en el lenguaje, en la cultura, en la historia. Es, en definitiva, la metáfora que hace posible el tránsito del niño al sujeto, del cuerpo biológico al cuerpo signifiante.

Por ello, es crucial que existan soportes capaces de sostener una función simbólica frente al adolescente, sin responder desde la imposición, sino desde una escucha que permita la simbolización del conflicto. La metáfora paterna no se limita entonces a un tiempo infantil, sino que al reactualizarse en la adolescencia, puede ser encarnada por diversas figuras: padres, docentes, terapeutas, referentes comunitarios. Lo importante es que puedan ejercer una función de transmisión, una posibilidad de traducir lo innombrable en palabra, de sostener el lazo con la cultura sin anular la singularidad del sujeto.

3. La piel como escritura del alma: el clamor del cuerpo que no encuentra palabras

*¿Quién soy Aquel? ¿Aquel que no sabía
sonreír, y de puro enlutado moría?...
De lo que fui no tengo sino estas marcas crueles,
porque aquellos dolores confirman mi existencia.*
(Pablo Neruda)

La piel, primer lienzo del sujeto, territorio entre el adentro y el afuera, se torna en ciertos adolescentes el escenario silencioso de un grito que no puede ser articulado con palabras. El fenómeno de autolesión, se erige en el cuerpo adolescente como un acto liminar: entre el dolor y la liberación, entre la angustia y el llamado, entre el deseo de cortar con el Otro y la necesidad desesperada de ser visto por él. Es, como escribe Flórez Correa (2017), una escritura asimétrica en la piel, un texto sin sintaxis, pero cargado de sentido, una ruptura que se inscribe donde la palabra ha fracasado. Porque allí donde no hay palabras, como sostienen Aberastury y Knobel (1981), surge el acto.

Hay heridas que no sangran, pero duelen con una intensidad silenciosa, y hay otras que, aunque sangran, no duelen en el cuerpo, sino en el vacío del sentido. Hasta lo que se pudo ver, la adolescencia es un momento en donde se juega la reescritura subjetiva de la infancia hacia la adultez, el cuerpo se convierte en soporte, grito y superficie de inscripción de lo que no encuentra palabras. El fenómeno de los *cortes* autoinfligidos se alza en nuestra contemporaneidad como un acto mudo, pero cargado de un espesor simbólico que urge ser escuchado.

La propuesta es pensar el acto de cortarse en los adolescentes como una manifestación donde el cuerpo se vuelve texto, y el *corte*, metáfora fallida o último recurso de simbolización. Abordando este fenómeno desde la noción de la metáfora como función de *corte* —en su vínculo con el lenguaje y la constitución psíquica—, el punto está en poder enlazar cómo su déficit puede empujar a la carne a asumir el rol de

portavoz del dolor psíquico. Construir un puente entre el lenguaje y la carne, entre la herida simbólica y la literal, en el intento de comprender qué se pone en juego cuando un adolescente se corta.

Lacan (2013), retoma esta línea y dice que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, y que el sujeto se constituye en la metáfora paterna —ese *corte* simbólico que separa al niño de la madre, inscribiéndolo en la ley del deseo—. La metáfora, entonces, no es solo figura retórica, sino operador estructurante. Es una sustitución significativa que permite el desplazamiento, la simbolización, el acceso al deseo.

Por lo tanto, el sujeto no nace, se produce en el campo del Otro, en la matriz del lenguaje. Desde esta perspectiva, el trauma originario no está dado por un acontecimiento externo, sino por la irrupción misma del significante en el cuerpo. Pero, ¿qué ocurre cuando esta función se ve obstaculizada? ¿Qué sucede cuando el *corte* simbólico no se realiza o queda obturado? Allí donde la metáfora falla, el cuerpo irrumpe. El *corte* en la piel se vuelve acto, metáfora muda, sustituto crudo de un significante ausente.

Lacan, tal como se fue desarrollando a lo largo de todo este escrito, define la metáfora como el proceso por el cual un significante sustituye a otro (2010), generando un efecto de sentido. La metáfora paterna opera como un *corte* que separa al niño de la demanda materna, habilitando el deseo, el lenguaje, el tiempo. Es, en su esencia, una operación de pérdida que permite significar la ausencia.

Pero esta operación no está garantizada. Si el Otro no logra ofrecer al sujeto las coordenadas simbólicas necesarias, el lenguaje se vuelve ineficaz como contenedor del malestar y allí, desde esta perspectiva, se puede ubicar que el *corte* deja de ser simbólico para volverse literal. Como señala André Green (1993), en los estados de déficit de representabilidad psíquica, el pensamiento colapsa y el cuerpo se vuelve teatro de lo impensable.

En este punto, el *corte* que el adolescente hace, puede leerse como una metáfora desesperada. Un intento de dar forma a lo informe, de hacer visible lo invisible. La piel se transforma en página, en superficie de inscripción de lo que no puede ser dicho. El bisturí, el vidrio, la cuchilla: utensilios simbólicos de un lenguaje perdido.

Como se ha desarrollado, la adolescencia es un tiempo de transformación, de crisis y reconfiguración. El cuerpo cambia, el deseo se desplaza, y las identificaciones infantiles se tambalean. Como propone Françoise Dolto (1988), el cuerpo del adolescente se construye a través de lo que se le dice y de las experiencias de lenguaje en su vida, es decir, está atravesado por la historia inconsciente, por los mensajes parentales, por el deseo del Otro; pero también es un cuerpo que se siente extraño, ajeno, monstruoso

incluso. El yo —aún en formación— intenta organizar ese caos desde recursos simbólicos precarios. Cuando estos recursos fallan, el cuerpo se vuelve lugar de descarga y es en este contexto donde el *corte* aparece como una respuesta paradójica: sangra para detener la hemorragia psíquica. El *corte* se vuelve borde, frontera, un intento de poner *corte* a lo ilimitado.

En la clínica con adolescentes, escuchar el *corte* exige una disposición ética y poética. No se trata de censurar ni de medicalizar apresuradamente, sino de leer esa carne herida como una escritura. Barthes (2004) hablaba del *texto como cuerpo*, pero aquí es el cuerpo el que se convierte en texto. Un texto que sangra, que grita sin voz.

En el acto de cortarse, el sujeto hace del cuerpo una página abierta. La sangre brota como tinta simbólica en un intento desesperado por nombrar aquello que no ha podido ser dicho. El dolor físico reemplaza a la angustia psíquica, produciendo —aunque sea por un instante— alivio. El cuerpo se convierte en recurso cuando el lenguaje ha fallado, cuando la función simbólica no ha podido operar.

Mauer y May (2010) lo expresan con crudeza y belleza a la vez: la piel, sede del contacto primario y de las primeras inscripciones libidinales, puede transformarse en espacio de sobreexcitación o trauma. De ahí que los textos mudos de la palabra dejen su impronta en la piel. Escribir sobre el cuerpo, entonces, no es un gesto sin sentido: es la única manera que encuentra el sujeto para significar el malestar cuando todo otro canal ha sido clausurado.

Siendo entonces que este proceso adolescente es, en sí mismo, un duelo múltiple, Aberastury y Knobel (1981) hablaron de las pérdidas fundamentales que atraviesa el mismo: la del cuerpo infantil, la de la identidad infantil, y la de los padres idealizados. A esto se suman las transformaciones libidinales, la emergencia de una sexualidad genital y la confrontación con la angustia de separación. En este contexto, cortarse aparece como un intento de separación simbólica, un *corte* real para tramitar una pérdida simbólica. Ángel Valencia (2014) lo dice con claridad: el *corte* puede ser un intento de diferenciación del objeto amoroso infantil, una manera de romper con las identificaciones que el sujeto ya no puede sostener. Es, al mismo tiempo, una demanda y un rechazo; una forma de decir *mírame* mientras se grita *déjame ser*.

Este acto no puede entenderse al margen del contexto vincular. La ausencia de sostén parental, las dinámicas familiares atravesadas por la frialdad afectiva o la violencia simbólica —como lo subrayan Carvajal García et al. (2018) y Enríquez Vega (2025)— contribuyen a una precariedad simbólica que empuja al sujeto a actuar lo que no puede procesar psíquicamente. En palabras de Yépez (2024), la autólisis puede ser la expresión final de un mundo interno en ruinas, donde la palabra ha sido reemplazada por el filo.

En este sentido, el lugar del padre —no solo como figura real, sino como función simbólica— resulta central. Cuando este padre está ausente y la metáfora no hace su trabajo de *corte* simbólico, la separación se vuelve traumática. No hay metáfora paterna que organice el psiquismo; solo queda el cuerpo como terreno de operaciones.

Flórez Correa (2017) propone que los *cortes* pueden ser vistos como un intento de separación de los significantes del Otro. En este sentido, no se busca amor ni pertenencia; se busca escapar del dolor psíquico. Pero paradójicamente, en ese intento de huida, convocan nuevamente al Otro: *mírame ahora que sangro, ahora que me corto, ahora que me duelen las marcas de tu abandono*. La ausencia de un tercero perpetúa cierto lazo, siendo que la única manera de romperlo parece ser a través de un *corte* literal: una herida que se vuelve mensaje.

Cardó Soria (2008) lo recuerda con fuerza al evocar a las histéricas de Freud: Dora, Catalina, Elizabeth... Todas ellas portaban un cuerpo que hablaba lo que el alma no podía decir. En este sentido, el *corte* no es una mera desviación conductual ni un problema médico, sino un síntoma en el sentido más riguroso del término: una formación del inconsciente, una verdad del sujeto que se hace carne.

¿Se trata de una forma de masoquismo autoerótico? ¿Es goce o es sufrimiento? Mauer y May (2015) plantean esta pregunta desde la clínica: la piel, zona erógena primaria, está cargada de memoria. Allí se alojaron caricias y golpes, ternura y desamparo. En ese entramado, el *corte* puede ser una repetición del trauma, una forma de reinscribir el dolor para sentir algo, aunque sea dolor.

El adolescente, enfrentado a la angustia del desasimiento parental y la incertidumbre de su identidad, se encuentra muchas veces solo en un mundo sin consistencia simbólica. *Cortarse solo* no es solo una expresión coloquial: es una práctica donde convergen el deseo de autonomía, el dolor de la soledad y la imposibilidad de elaborar psíquicamente las pérdidas.

Tubert (2001) sostiene que todo síntoma, lejos de ser un mero evento físico es un sedimento de significaciones, y el *corte* no es la excepción. Se trata de una respuesta compleja a un sufrimiento psíquico inabordable, una forma precaria —pero potente— de resistir a la fragmentación subjetiva. El cuerpo se ofrece como campo de batalla y también como refugio.

La clínica con adolescentes que se autolesionan nos recuerda la urgencia de construir dispositivos que escuchen, que nombren, que traduzcan esos silencios ensangrentados en palabras portadoras de sentido. Porque cuando el lenguaje no alcanza, cuando el Otro no responde, cuando la familia no sostiene, la piel se vuelve papel y el dolor, tinta.

El acto de cortarse en la adolescencia es un fenómeno complejo que habla de un malestar contemporáneo y estructural. Habla de fallas en la transmisión simbólica, de ausencias del Otro, de un lenguaje que no alcanza. Pero también es un llamado a la escucha, una demanda de sentido, una búsqueda de reparación.

Recuperar la metáfora como función de *corte* —en su dimensión poética y estructurante— es una tarea urgente. Sólo allí donde el significante puede operar, donde el lenguaje puede alojar, donde el Otro puede escuchar, el cuerpo deja de ser campo de batalla.

La piel, como borde entre el adentro y el afuera, se vuelve papel. Y cada *corte*, una frase encriptada, un mensaje cifrado que requiere de un lector sensible. El analista, el adulto, la institución: todos somos interpelados a restituir la posibilidad de la metáfora, a ofrecer palabras donde hubo bisturí, a devolver al sujeto la posibilidad de significar su dolor sin herirse.

Como decía Lacan (2008), el inconsciente es el discurso del Otro. Tal vez, entonces, nuestro deber sea restituir ese discurso, para que la piel deje de hablar en sangre y el sujeto pueda volver a escribir su historia con palabras. Devolverle al sujeto su palabra, acompañarlo a resignificar su historia y habilitar el duelo que no se pudo tramitar, es la tarea ética del psicoanálisis.

Conclusión

El sujeto se constituye en el abismo de una pérdida originaria: no nace, se produce, se talla en la carne simbólica del lenguaje a través de un *corte* fundante. La metáfora paterna —esa operación que instaura la Ley y separa al niño de la fusión imaginaria con el deseo materno— no es una simple función estructural; es una apuesta por la existencia deseante. Su eficacia no radica en el ejercicio de una autoridad concreta, sino en la posibilidad de que el significante Nombre-del-Padre opere como un anudamiento entre la ley y la palabra.

La adolescencia irrumpe como un segundo tiempo de ese *corte*: allí donde lo simbólicamente tramitado en la infancia se tambalea, donde lo real del cuerpo y del deseo desborda las coordenadas anteriores, el sujeto se ve convocado a reinventar su inscripción en la Ley. Se erige como el tiempo de una segunda fundación subjetiva, un momento en que el sujeto se enfrenta al temblor de sus cimientos simbólicos y en esa encrucijada, el padre —o mejor dicho, la función paterna— debe caer para permitir que el adolescente nazca. Es en este reordenamiento donde se revela, con toda su crudeza, la fragilidad de los anclajes simbólicos y la urgencia de su reedición. Pero si la metáfora paterna no logra operar, si el *corte* simbólico que debía separar al sujeto del Otro queda obturado, el cuerpo irrumpe como escenario de suplencia.

El acto de cortarse puede ser leído como el intento desesperado de producir en lo real aquello que no ha podido tramitarse en lo simbólico. Allí donde la palabra fracasa y el Nombre-del-Padre no hace su trabajo de mediación, la piel se vuelve página y el filo, significante. No se trata de un simple gesto autodestructivo, sino de un intento de subjetivación —torpe, cruento, pero radicalmente humano—: el cuerpo grita la falta de *corte* que el lenguaje no supo decir.

El *corte* físico en la piel no es, entonces, simplemente un acto desesperado; es un síntoma del fracaso de la metáfora. Allí donde el significante no alcanza, donde el Otro no responde o responde con violencia, la carne se ofrece como soporte último del sentido. El adolescente se hiere para no deshacerse, se abre para cerrarse, se corta para significar. En este gesto paradójico, el cuerpo deviene superficie de inscripción de una subjetividad que no ha encontrado aún las palabras para decir su dolor. La autolesión aparece así como un modo de hacerse un lugar, de marcar un límite allí donde no hubo borde, de poner una distancia con el Otro que no deja espacio para ser.

Frente a este fenómeno, el desafío clínico y ético no es clausurar el acto sino devolverle al sujeto la posibilidad de un *corte* que no sangre: un *corte* simbólico, sostenido por la palabra, por la escucha, por una ley que no impone, sino que funda. Se trata de restituir la función metafórica que convierte la herida en significante y el dolor en

discurso, permitiendo que el sujeto encuentre su modo singular de decir la pérdida sin tener que inscribirla en la carne. Se trata también de restituir al sujeto la posibilidad de habitar su falta sin sucumbir a ella, de traducir su dolor en lenguaje, de reescribir con palabras lo que la sangre intentó decir. La función paterna, como operación de *corte*, se revela así no como imposición normativa, sino como transmisión de una legalidad que habilita al sujeto a inscribirse en el mundo desde su singularidad deseante.

En última instancia, el *corte* que funda y el *corte* que sangra no son escenas ajenas. Son extremos de una misma topología: la del sujeto dividido, barrado, pero también capaz de habitar su fractura sin perderse en ella. Que el cuerpo no tenga que gritar lo que el lenguaje no supo escuchar, hacer lugar a una palabra que pueda sustituir al bisturí, restituir al sujeto su capacidad de decirse, y acompañarlo a realizar —con palabras y no con sangre— el *corte* necesario para vivir: esa es la apuesta clínica, la responsabilidad colectiva, y quizás, el gesto más humano del psicoanálisis.

Referencias bibliográficas

- Aberastury, A. y Knobel, M. (1981). Adolescencia y Psicopatía: duelo por el cuerpo, la identidad y los padres infantiles. *Adolescencia Normal*. Pp. 110-126. Porto Alegre: Artes.
- Ángel Valencia, C. (2014) Cortes a flor de piel: una aproximación psicoanalítica a la conducta de la autoincisión en la adolescencia. *Katharsis—ISSN. N° 18*, pp. 117-140. Envigado, Colombia.
<https://revistas.iue.edu.co/index.php/katharsis/article/view/480/800>
- Barrionuevo, J. (2007). Despertar de la adolescencia. En M. Vega, J. Barrionuevo y V. Vega (eds.), *Escritos psicoanalíticos sobre adolescencia* (pp. 89-105). Buenos Aires: Eudeba.
- Barthes, R. (2004). *S/Z*. Buenos Aires. Ed: Siglo XXI.
- Campos Guerra, A. (2020) La nominación en la adolescencia. *Revista Affectio Societatis*, Vol. 17, N. ° 33 (pp. 112-132) Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia Medellín, Colombia.
<https://revistas.udea.edu.co/index.php/affectiosocietatis/article/view/339608/20804972>
- Cardó Soria, G. (2008). Acaso ¿No tengo sino estas marcas crueles? (Observaciones psicoanalíticas sobre cortes en la piel en mujeres adolescentes). *Revista Psicoanálisis. N° 6* (pp. 41-48).
https://spp.com.pe/wp-content/uploads/2017/09/Cardo_6.pdf
- Carvajal García, M., Solórzano Munte, M., Trujillo-Eljuri, A., Tóala-Plúa, M., Vera-Molina, I., Villafuerte-Merchán, V. (2018). El concepto metáfora paterna y su relación con conductas sociales desajustada. *Polo del Conocimiento (Edición núm. 27) Vol. 3, N°11*, pp. 49-60.
<https://polodelconocimiento.com/ojs/index.php/es/article/view/777/pdf>
- Dolto, F. (1988). *La causa de los adolescentes*. Buenos Aires: Paidós.
- Enríquez Vega, F. (2025). El dolor de crecer: falta de sostén, psicossomática e intentos suicidas en la adolescencia. [Tesis Magister en Psicología]. Universidad Nacional Autónoma de México.
<https://ru.dgb.unam.mx/server/api/core/bitstreams/23e0ea10-2699-4ba1-815b-9b9e4b3d6b68/content>
- Fernández, A. (2008). La importancia del padre en Psicoanálisis. *Revista Internacional de Psicología*, 09(2), 1-4.
file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Dialnet-LaImportanciaDelPadreEnPsicoanálisis-6161373%20(2).pdf

- Fernández Raone, M. (2018). Debates sobre el estatuto de la adolescencia y sus invariantes estructurales en psicoanálisis. *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, 19, 115-124.
https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/119594/CONICET_Digital_Nro.5790ad70-db5c-4885-9ba0-884188442e18_A.pdf?sequence=2&isAlloved=y
- Flórez Correa, S. (2017). Cutting o cortes en la piel: una práctica que habla. *Revista Poiésis*, (32), 94-100.
<https://revistas.ucatolicaluisamigo.edu.co/index.php/poiesis/article/view/2302/1736>
- Freud, S. (1915). Lo inconsciente. En *Obras completas* (Vol. XIV). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1915)
- González, P., Larraguibel, M., Martínez, V. & Valenzuela, R. (2000). Factores de riesgo de la conducta suicida en niños y adolescentes. *Revista Chilena de Pediatría*, 71.
https://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0370-41062000000300002&script=sci_arttext&tlng=pt
- Green, A. (1993). *El discurso vivido. Ensayos clínicos sobre la intersubjetividad psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Kohan, A. y Rodríguez, P. (2011). La metáfora paterna no es un chiste. *III Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVIII Jornadas de Investigación Séptimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR*. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Lacan, J. (1985) De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. *Escritos 2*. S. XXI editores.
- Lacan, J. (2008). Subversión del sujeto y dialéctica del deseo. *Escritos 2*. S. XXI editores.
- Lacan, J. (2010) *El Seminario. Libro 5. Las Formaciones del Inconsciente*. Ed. Paidós.
- Lacan, J. (2013) El sujeto y el Otro, la alienación. *El Seminario. Libro 11. Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis*. Ed. Paidós.
- Lauru, D. (2004). La locura adolescente: psicoanálisis de una edad en crisis. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Ortega, Piedad Adolescencia: entre lo posible y lo imposible Iconos. *Revista de Ciencias Sociales*, núm. 13, marzo, 2002, pp. 66-70 Facultad

Latinoamericana de Ciencias Sociales Quito, Ecuador.

<https://www.redalyc.org/pdf/509/50901308.pdf>

Mauer, S. y May, N. (2010). Niños y adolescentes jugando con el filo de la navaja.

Topía. Un sitio de psicoanálisis, sociedad y cultura.

<https://www.topia.com.ar/articulos/ni%C3%B1os-y-adolescentes-jugando-filo-navaja>

Ramírez, F. (2013). La dimensión subjetiva de la infracción de ley en

adolescentes. *Revista Latinoamericana de Psicología Social Ignacio*

Martín-Baró, 2(2), pp. 7-35.

https://www.academia.edu/5584248/La_dimensi%C3%B3n_subjetiva_de_la_infracci%C3%B3n_de_ley_en_adolescentes

Rodríguez Licea, M (2008). *La metáfora paterna y su función estructurante en el*

sujeto [Tesis de Maestría, Universidad Autónoma de San Luis Potosí]

<https://repositorioinstitucional.uaslp.mx/xmlui/bitstream/handle/i/1824/MSP1MPF00801.pdf?sequence=3>

Sides Galán, M (2015). La función paterna, más allá de los padres aparentes.

Informacio Psicológica, (90), 36–47.

<https://www.informaciopsicologica.info/revista/article/view/273>

Tubert, Silvia (2001). Deseo y representación. *Convergencias de psicoanálisis y*

teoría feminista. Madrid: Editorial Síntesis.

Yépez, R. (2024). Intento de autólisis y factores de riesgo asociados en pacientes

de 7 a 13 años de edad que ingresan al Servicio Desconcentrado Hospital

Universitario Pediátrico Dr. Agustín Zubillaga. *Boletín Médico De*

Postgrado, 40(1), 58-63.

<https://revistas.uclave.org/index.php/bmp/article/view/4681>